

Está en la Biblia

Después de lo dicho se comprenderá el colapso recibido por la opinión francesa y en particular por los militantes del PC. La operación se hizo sin anestesia, y el órgano extirpado es, diríamos, vital. Por lo menos, está en las escrituras. Y aunque Marx haya utilizado poco la expresión "dictadura del proletariado", ésta figura en el "Manifiesto comunista" de 1848, considerado desde entonces como irreformable. Escrito está en él que "la ascensión del proletariado como clase dominante" y su "supremacía política", claros equivalentes de la futura "dictadura del proletariado", son indispensables para "centralizar la producción entre las manos del Estado".

De todas formas, la nueva posición de Marchais, por muy osada que parezca dada la situación en que se hallaba el PCF, no va tan lejos como la de Berlinguer o Carrillo: el PC francés sigue siendo el único partido del proletariado, y nadie debe aventurarse en su terreno: "Somos —dijo Marchais— el partido de la clase obrera, el partido de los trabajadores".

Aquí encontramos el gran problema del PCF, la dificultad de su evolución, y el por qué no puede hacerla sin grandes riesgos. Mientras que los italianos y españoles fueron avanzando (o retrocediendo, que también se dice) lentamente, perdiendo jirones en la transformación, pero ganando en otras capas sociales (particularmente en un terreno tradicionalmente reservado a los partidos socialistas), el PCF dejó ese espacio libre, que vino a ocupar el partido socialista renovado por François Mitterrand. Lo peor para Marchais es que esa fidelidad a Moscú, ese prosovietismo no le sirvió para nada, pues igual que los otros sufrió las escisiones, la aparición de una extrema izquierda organizada que es, desde hace años, su gran pesadilla. Se encuentra ahora con un partido socialista que le iguala o supera, mientras que en los dos otros no ocurre tal, y se ve obligado a emprender una mutación que, aunque no sea así, tiene todas las apariencias de haber sido forzada por la progresión del partido de Mitterrand.

De todas formas, y por muchas batallas que Marchais

tenga que entablar en el interior del partido, su imagen ya ha ganado puntos en los sondeos callejeros. También entre los comentaristas políticos, que lo presentan como el defensor de la línea evolucionista, contra otros —como Roland Leroy— partidarios de la ortodoxia moscovita. "Añadiéndolo al rechazo reafirmado del modelo soviético, a la denuncia de los crímenes cometidos en los países del Este, al abandono de cierto dogma —escribe 'Temoignage Chrétien'— que se consideraba intangible, pero que en realidad repugnaba a muchas conciencias, esta evolución no será provechosa únicamente para el PCF, sino también para toda la izquierda, cuya 'credibilidad y fiabilidad' aumentarán por esto".

Es indudable también que Marchais ha querido unirse a Berlinguer y a Carrillo en su táctica —más o menos establecida; poco, más bien que muy formulada— de crear un bloque socialista en Europa. Esto explica la reciente firma en Roma del documento entre los partidos italiano y francés. Santiago Carrillo había desvelado algo de

esta estrategia en unas declaraciones a Rossana Rossanda, en la publicación de la extrema izquierda italiana "Il Manifesto". Carrillo dijo que si alianzas semejantes a la del "compromiso histórico" llegasen a cuajar no sólo en Italia, sino en España, Francia y Portugal, Europa Occidental —la Europa mediterránea— podría convertirse en un polo de atracción para los países del Este y, ¿por qué no?, en un ejemplo de socialismo para la Unión Soviética. Estas declaraciones fueron juzgadas inoportunas por Berlinguer, no por haber sido hechas a una revista "herética" ni porque no las compartía, sino porque considera que los tiempos no están maduros para enfrentar a los partidos comunistas occidentales con los potentes de los países del Este. Por otra parte, si en Europa se afirmase un socialismo independiente de las dos superpotencias, disminuiría la amenaza constante de una intervención de los EE. UU., pero sería a la vez un desafío a la Unión Soviética, que aceptaría mal un nuevo bloque socialista salido de su órbita de influencia.

■ RAMON CHAO.

Felipe González y Tierno Galván, presentadores

● Julián Besteiro, el Besteiro parlamentario de Fermín Solana, ha sido presentado por Manuel Jiménez de Parga y por Felipe González. Un criterio formal debería llevar esta nota a las páginas de "Letras". Un criterio de contenido las sitúa en éstas. Habló primero el editor, Jesús Aguirre; Jiménez de Parga estuvo parlamentario quizá porque, aunque era un "acto de salón", había —gentes de letras y periodismo aparte— políticos como Ruiz-Giménez, Fernández Ordóñez, Claudín; profesores como García de Enterría, Maravall... y, a su izquierda, el máximo dirigente del PSOE, Felipe González. Felipe González situó a Besteiro frente a quienes han querido utilizarle, destacó el socialismo marxista de Besteiro, su vinculación a las luchas obreras y reivindicó su parlamentarismo. Asumió a Besteiro al igual que a Iglesias, Largo o Prieto. Hubo en la intervención de Felipe González llamadas a la derecha y a la izquierda, y velados ataques a quienes, a su entender, dividen el socialismo español.

Al día siguiente, el profesor Tierno Galván encontraba un público universitario en el Colegio Mayor César Carlos. Presentaba "El primer nacionalismo vasco", de Juan José Solozábal. La intervención del profesor Tierno Galván, precedida por las palabras del editor de Tucur, Andrés de Blas, estuvo dedicada en su primera parte al libro. Alabó el método y, sobre todo, el carácter sugerente del libro, la invitación a la reflexión sobre el problema vasco que se deduce de sus páginas. Tierno hizo también incursiones al momento político. Se mostró conciliador: el

pais camina hacia un neocapitalismo y habrá que exigir las reglas del juego democrático para que el pueblo pueda decidir: Había, digo, un público fundamentalmente universitario: Carlos Moya, el doctor Donato Fuejo, Roberto Mesa, Escandel, Rubio Llorente, Manuel Aragón, Manuel Pastor, González Encinar... ■



De izquierda a derecha, Jesús Aguirre, Pancho Pérez González, Jesús de Polanco, Manuel Jiménez de Parga y Felipe González.